

Dios es amor

La ternura es un afecto eminentemente **femenino y maternal**. Para referirse a la **ternura** la Biblia usa una palabra que **remite al vientre que la mujer embarazada acaricia y mima**. Pues bien, ¡Nuestro Dios nos ama con ese amor de ternura hasta el colmo! Ya lo dijo Isaías: “¿Puede una madre olvidar al niño que amamanta, no tener compasión del hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvidara, yo no te olvidaré...” (Is 49, 15). ¡La ternura que es Dios le impide olvidarse de las personas! ¡Esto sí que es una buena noticia!



Y claro, este Dios tierno “*quiere misericordia y no sacrificios*” (Mt 9,13), cariño con los desgraciados, más que prácticas religiosas. ¡Seamos, pues, misericordiosos como lo es nuestro Padre, como lo es Jesús, **simpaticemos con el dolor ajeno, compartamos sus sentimientos, asumamos sus desgracias** y carguemos con ellas para aliviarlas...! Sí, “*Seamos imitadores de Dios, como hijos queridos, y vivamos en el amor como Cristo nos amó...*” (Ef 5,1-2). Lleguemos en la misericordia hasta el colmo, como nuestro Padre del cielo, que es bueno para con todos, “*que hace salir el sol sobre buenos y malos, y llover sobre justos e injustos*” (Mt 5,45ss).

Practiquemos la “compasión” que Cristo tuvo con el pueblo pobre, abandonado por los gobernantes, como nos relata Mateo: “*al ver a las muchedumbres, se compadeció de ellas, porque estaban extenuadas y abandonadas «como ovejas que no tienen pastor»* (cf. Mt 9,36). ¡Cómo nos interpela Jesús ante tantos hermanos nuestros, víctimas de esta crisis indecente! ¡Cómo cambiaría la suerte de los últimos si los cristianos fuésemos en verdad “obradores de misericordia”, como lo fue Jesús!

Queridas, queridos, **sin amor los cristianos no somos nada** (1Cor 13,1-13). Y el amor es el único camino para conocer a Dios, no hay otro (1Jn 5,2-6; 4,7-21; 4, 7-8). **¡No hay más religión verdadera que la del Amor!**

Pero se trata del Amor verdadero y no de sucedáneos melifluos. Sabemos que nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos. Pues bien, ¡Jesús dio su vida por los pecadores! Si Él, el Maestro y el Señor, nos amó así, “también nosotros debemos dar la vida por los desgraciados” (1Jn 3,16). ¡Dar la vida! Por eso, qué tristeza, si poseyendo bienes de este mundo, y viendo a nuestros hermanos pasar necesidad, les cerráramos el corazón... (1Jn 3,17). ¡Ay!, si no somos capaces de compartir el “vil dinero” (Lc 16,11-112), ¿Cómo vamos a amar con aquel amor con que Jesús nos ha amado? Hermanos, no seamos cristianos de mentira, sino cristianos de verdad.

Cristianas, cristianos: **el amor de Dios, la ternura de Dios** que abraza con su amor también al enemigo, **ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo** que se nos ha dado (Rm 5,5). Amemos, pues, ¡por el amor de Dios!, a los más pobres y abandonados, a los últimos y “los nadie”; porque amor, ¡con amor se paga!

El proyecto-comida

Vamos a hablar de dos «proyecto-comida»: el de Jesús y el de los fariseos. **El proyecto-comida de Jesús es universal** (está abierto a todos, también a los gentiles) y se realiza **en la mesa de la libertad del corazón**. ¡No perdamos esta libertad que nos ganó Jesús!

En el «proyecto-comida» (unión de los comensales con Dios y entre sí) aparece el tema de **la pureza**, pues sin ella no es posible acceder a la presencia de Dios. La pureza “separa” a los puros de los impuros. Jesús va a decirnos cómo se hace impuro un comensal (impidiendo su participación en la comida). Veremos que la pureza (la separación) **se juega en el corazón de la persona y no en el “exterior” de los ritos**.

Los discípulos, en sus comidas, no comen según la tradición de los “presbíteros”, sino que **comen con manos impuras**, es decir, no se lavan las manos. Ya a Jesús se le acusó de comer con pecadores (Mc 2,16). Este acto de “im-pureza evangélica” hace saltar por los aires el muro de separación

construido entre el pueblo elegido y los otros pueblos. **¡Actualicemos “actos de im-pureza evangélica” contra esta Europa de muros infames!**

En la comida lo que **importa** es el **pan compartido con todo aquel (puro o impuro) que tiene hambre, más que la pureza legal** de manos y comida (leyes bien secundarias frente al compartir). Frente a las normas de comensalía grupal (“solo para los de mi grupo”), **Jesús ofrece un proyecto universal de mesa compartida**. Esta es la cuestión: los cristianos, que vivimos en medio del mundo, ¿vamos a compartir los panes con todos o solo con los miembros del grupo de los puros? ¿Qué vamos a hacer los cristianos europeos? **Para comer con los pobres hemos de romper con todas las reglas de pureza instituida**, pues estas siempre hacen de los pobres seres impuros, ilegales, indeseables.



Dos principios, que forman la **base de la libertad cristiana**, y en los que se juega el bien de los pobres:

- a) **Universalidad**: la **comida** mesiánica es **ofrecida a todos**.
- b) **Interioridad**: la **pureza** verdadera **brota y se mantiene a nivel de corazón**.

Hay un honrar con los labios, es decir, el vivir una religión exterior, falsa, inútil, hecha de preceptos inventados (normas y más normas que suplantán a la voluntad de Dios), que solo sirven para controlar al desgraciado...; **y hay un corazón que se acerca a Dios para cumplir su voluntad. Es la religión del corazón**. La verdadera religión es esta: “Cuidar de huérfanos y viudas en su necesidad y en no dejarse contaminar por el mundo” (Sant 1,27).

Nada de fuera puede manchar a la persona; solo lo que sale de su corazón tiene ese poder de hacerlo impuro. ¿Por qué? Porque lo de fuera no entra en su corazón... **Lo que puede manchar a la persona proviene de lo que el corazón engendre.** Y este **puede engendrar los frutos del Espíritu** (secundando el **Amor**) **o los frutos de la carne** (secundando su estúpido egoísmo) (Gal 5,16-24). Resaltemos que nada (ni demonios, ni autoridades, ni ideologías, etc.) pueden enseñorearse de nuestro corazón, a no ser que se lo permitamos (cf. Gn 4,7). ¡No echemos la culpa a los demás de nuestra propia maldad! Sí, nada puede arrebatar nos la dignidad que nos define... **Jesús vino para darle a nuestro corazón su libertad suprema: la capacidad de amar como él ama.** ¡Convirtamos nuestro corazón, no dejemos que siga engendrando frutos de muerte!

El corazón convertido es la piedra viva con la que se construye la Iglesia de Jesús. Hermanos y hermanas de **la JEC**, si nuestra formación no nos convierte el corazón, ¡mal vamos!

